

LA ALARMA

Teresa Núñez González

Premio del VI Concurso de relato corto del Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Toledo, junio 2011.

Se despertó por casualidad y miró la hora. Faltaban quince minutos. Entonces colocó el móvil bajo la almohada y lo retuvo en la palma de la mano. Así lo sentiría vibrar aun cuando no oyese la alarma. Claro que era una estupidez esperar. También podía hacerlo ahora. Total, Elisa dormía de igual forma. Quince minutos arriba o abajo, no se daría cuenta. Pero era hombre metódico y había pensado en esa hora exacta. Las seis. Otras veces se despertaba justamente a las seis y sabía que era un momento idóneo. Elisa dormía inquieta hasta esa hora, moviéndose de vez en vez, incluso hablando en sueños y casi siempre con el rostro hundido entre las sábanas de modo que no podía ver su perfil. A las seis, en cambio, ofrecía su mejilla derecha a las tentaciones. Una mejilla sonrosada y limpia que lo mismo servía para el beso como para la hondura de un afilado cuchillo. El recuerdo de la mejilla femenina huida bajo la madrugada le trajo aquel otro de su conocimiento, cuando se enamoró de Elisa, mucho antes de dormir a su lado en una cómoda cama, en un dormitorio común que él apenas disfrutaba. Por un momento le asaltó la idea. Elisa en ese mismo dormitorio esperando a otro hombre a cualquier hora del día en que él no estaba. Apretó los dientes y cierta rabia desordenada y salvaje se aposentó en sus mandíbulas. Luego volvió aquel otro recuerdo, el del parque, en Pamplona, cuando por vez primera sorprendió el sueño de Elisa. Las fiestas, ya se sabía, brindaban ocasiones semejantes. Centenares de personas que desplegaban sacos de dormir en el césped y se acostaban junto a desconocidos. Irlandeses, americanos, holandeses o suecos, daba igual. Todos se dejaban embaucar por la publicidad o lo conocían de cierto por otros amigos. Que en España se bebía barato y bien. Los días se apuraban hasta la exageración y la ciudad parecía un enorme dormitorio, una cama gigantesca para albergar miles de cuerpos desperdigados en avenidas y espacios verdes. Todo estaba permitido. Incluso despertar, lavarse la cara en una fuente pública y hablar

con la persona que había dormido a tu lado y no conocías absolutamente de nada, pero a la que terminabas por contar tu vida con naturalidad.

Se enfadó consigo mismo. Debía concentrarse, ir a lo que importaba. Cinco minutos nada más. Pensó anular la alarma pero temía quedarse dormido y perder la ocasión. Había elegido precisamente esa hora y a esa hora habría de ser. Elisa se removió en aquel momento, dijo algo ininteligible y quedó a su merced, mejilla y perfil desplegados en medio de la luz difusa que amanecía ya entre los visillos. Era tan bonita, producía su contemplación tanto placer que estuvo a punto de extraviar nuevamente el ritmo. Necesitaba todo su esmero. Ahora, sí. Era ya el instante justo. De entre las sábanas sacó despacio el útil que allí había ocultado horas antes. Esperaba de todo corazón que Elisa no se diera cuenta. Sería mucho más fácil para él. No le importaba admitir luego su alevosía. La alevosía aumentaba considerablemente una condena. Él aceptaría cualquier condena que quisieran imponerle. No podía escapar al impulso como tampoco escapó a Elisa. Pensó, de pronto, cuántos crímenes se cometerían de esta misma forma. Un hombre acechante, una mujer dormida, y...

Apuntó cuidadosamente. La luz daba ahora de lleno en el rostro de Elisa. Aquel rostro que permanecería ya para siempre en su memoria, indeleble en las páginas familiares. Desconectó la alarma para que ningún sonido le interrumpiera, tomó aliento y disparó con precisión.

Al resplandor, Elisa sufrió una sacudida inesperada y se alzó, llena de sorpresa y miedo.

- Pero, ¿qué haces? –preguntó.

Se sintió como un niño cogido en mitad de una travesura.

- Pues... ya ves.

Desmontó la máquina y la guardó en la funda. Elisa guiñaba los ojos que el flash había deslumbrado. Se echó a reír.

- Estás loco.

- Sí, y tú tienes la culpa.

La máquina fotográfica quedó olvidada en el suelo.